

Diócesis de Barbastro-Monzón

*«Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer,
para rescatar a los que se hallaban
bajo la ley»
(Gal 4, 4-5)*

La familia de Nazaret

*«Estas palabras se las repetirás a tus hijos»
(Dt 6, 7)*

1

Primera Semana de Cuaresma

Comenzamos cantando y orando

Rezamos el Salmo 99 o lo escuchamos. (Hay una versión con la música de Manzano en «Salmos para el pueblo»).

Aclama al Señor tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores.

Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre:

«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades.»

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

¿En qué estamos pensando?

Algunos cristianos han pedido que durante esta Cuaresma nos fijemos en el ejemplo de la *familia de Nazaret*. La familia, dicen, está tan maltratada que nos será de gran consuelo y estímulo mirar a aquella familia que Dios proporcionó a su Hijo para hacerlo en todo semejante a nosotros, sin olvidar que no ahorró a esta familia ninguna de las penalidades por las que pasan todas las familias pobres.

¡Es curioso el modo de actuar de Dios! Para ayudar a quienes vivimos esclavizados por tantas adicciones u oprimidos por el egoísmo de los que se sienten prepotentes, se mete humildemente en la entraña de lo humano y busca una madre y una familia en la que su Hijo crezca como uno de tantos. Según el testimonio desconcertado del apóstol San Pablo, «envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley» (*Gal 4, 4-5*).

Contemplaremos, pues, a lo largo de cuatro semanas, la vida en el hogar de Nazaret, tratando de imitar hoy sus virtudes domésticas, que siguen siendo válidas para nosotros a pesar de la distancia en el tiempo y la diferencia de circunstancias sociales.

Lo primero que aprendió Jesús

En un momento crucial de su historia, el pueblo de Israel recibe esta palabra, que conservará y cumplirá con admirable fidelidad:

«Escucha, Israel:

Yahvéh es nuestro Dios, sólo Yahvéh.

Amarás a Yahvéh tu Dios con todo tu corazón,
con toda tu alma y con toda tu fuerza.

Queden grabadas en tu corazón
estas palabras que yo te mando hoy.

Se las repetirás a tus hijos,
se las dirás tanto si estás en casa
como si vas de viaje,
cuando te acuestes y cuando te levantes;
las atarás a tu mano como una señal,

La familia de Nazaret

como un recordatorio ante tus ojos;
las escribirás en las jambas de tu casa
y en tus puertas» (Dt 6, 4-9).

Jesús nació en un pueblo que sabía rezar y rezaba sobre todo en familia. Jesús, siendo todavía un bebé, aprendió de labios de sus padres a invocar a Yahvéh y a reconocer en aquel nombre sublime a su verdadero Padre. En el hogar de Nazaret, como en el de todos los israelitas piadosos, el día se comenzaba y se terminaba invocando a Dios y bendiciendo su nombre. No es de extrañar que más tarde los discípulos sorprendieran muchas veces a Jesús orando por la noche o de madrugada. La oración no era algo desconocido o incomprensible para él. No sólo por ser el Hijo de Dios; también por la experiencia humana que había vivido en su casa desde niño.

El libro sagrado recomienda a las familias israelitas, a continuación de la palabra antes citada:

«Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo:
“¿Qué son estos preceptos
que Yahvéh nuestro Dios os ha prescrito?”, dirás a tu hijo:
“Éramos esclavos de Faraón en Egipto,
y Yahvéh nos sacó de Egipto con mano fuerte (...)
y nos ordenó que pusiéramos en práctica
todos estos preceptos
para que fuéramos felices siempre
y nos permitiera vivir como al presente”» (Dt 6, 20-25).

En esta fidelidad a sus raíces es donde aquel pequeño pueblo encontró fortaleza para mantenerse firme a pesar del acoso de los pueblos vecinos, más numerosos y potentes, y a pesar del influjo de las culturas descreídas que tuvo que soportar.

La familia de Nazaret

Cuando nos quejamos de las dificultades que encuentra hoy la familia cristiana, haríamos bien en preguntarnos primero por la fidelidad de nuestras familias para mantener vivo en su seno el sentido religioso de la vida. ¿Hemos enseñado a los niños desde pequeños a llamar Padre a Dios? ¿Nos han visto bendecirle por la mañana, en las comidas, por la noche...? ¿Hemos rezado con ellos en sus momentos de dolor y de alegría? ¿Les hemos explicado por qué somos cristianos y la felicidad que nos produce ser y vivir así? La primera lección que nos ofrece la familia de Nazaret es de carácter religioso: la familia es lugar privilegiado para descubrir a Dios y encontrarse con él.

El sábado es para el hombre y el hombre, para Dios

Durante los breves años de su vida pública, Jesús discutió algunas veces con los fariseos a propósito del sábado, día sagrado para el Israel de Dios. Sus padres le habían inculcado, con su palabra y ejemplo, aquel tercer precepto del Decálogo:

«Guardarás el día del sábado para santificarlo,
como te ha mandado Yahvéh tu Dios.
Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos,
pero el día séptimo es día de descanso
para Yahvéh tu Dios» (Dt 5, 12-15).

La familia de Nazaret

En los encuentros que se celebraban los sábados en la sinagoga de Nazaret, Jesús completó su formación espiritual y el conocimiento de las Escrituras, que más tarde interpretará con autoridad, como reconocían los que le escuchaban.

Pero su respeto hacia el sábado no era un respeto superficial o meramente externo (no hacer trabajo alguno), sino verdadera devoción hacia Yahvéh su Dios y también su Padre. Había visto que en su hogar se dejaba de trabajar el sábado para hacer santo ese día, es decir, para consagrarlo a Dios. Acudían a la sinagoga para escuchar la Palabra eterna en la que el pueblo ponía su confianza. Rezaban con mayor intensidad y devoción que en los días laborables. Pero también estaban dispuestos a ayudar en ese día a quienes tenían necesidad. Allí es donde Jesús aprendió el razonamiento con el que sorprendió a unos fariseos que le hostigaban porque sus discípulos arrancaban espigas en sábado para aliviar el hambre. Cuando les dijo que *el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado*, estaba reviviendo lo que había aprendido en aquella pobre casa de Nazaret: que *el hombre no es para el sábado porque es para Dios* y que toda la Ley y los Profetas penden de un doble mandamiento, semejante uno al otro: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

La familia de Nazaret nos descubre que la fiesta semanal —que para los cristianos pasó a ser el domingo— tiene sentido. ¿En nuestra casa, el domingo tiene más de jornada lúdica o de fiesta religiosa? Dedicamos tiempo al descanso, al deporte, al turismo o, simplemente, a desconectar; pero ¿reservamos un tiempo de calidad para encontrarnos con Dios y celebrar gustosamente el

La familia de Nazaret

día en que Cristo ha vencido a la muerte? ¿Constituye la Eucaristía vivida en familia el centro de cada domingo? ¿Es el domingo un día esperado para dedicar tiempo a los que nos necesitan?

La siguiente oración bien puede ser, de ahora en adelante, el himno de la familia cristiana en la mañana del domingo:

Es domingo; una luz nueva
resucita la mañana
con su mirada inocente,
llena de gozo y de gracia.

Es domingo; la alegría
del mensaje de la Pascua
es la noticia que llega
siempre y que nunca se gasta

Es domingo; la presencia
de Cristo llena la casa:
la Iglesia, misterio y fiesta,
por él y en él convocada.

Es domingo; de su hoguera
brilla toda la semana
y vence oscuras tinieblas
en jornadas de esperanza.

Es domingo; un canto nuevo
toda la tierra le canta
al Padre, al Hijo, al Espíritu,
único Dios que nos salva. Amén.

(Liturgia de las Horas)

Arraigados en la fe de los padres

No podemos dudar de que José y María vivían profundamente arraigados en la fe de sus padres. Les vemos acudir al templo con el niño, todavía un bebé, para presentarlo a Dios, *como está escrito en la Ley del Señor*, y peregrinar todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Estas prácticas estuvieron acompañadas por la educación religiosa que dieron a Jesús: fueron ellos los primeros que le contaron lo que Yahvéh Dios había hecho con su pueblo a lo largo de la historia; ellos fueron los que le hablaron de las promesas de Dios y de la esperanza que Israel cifraba en el Mesías.

Más tarde Jesús animó a sus seguidores a no tener miedo, porque, si Dios se preocupa de los gorriones, que se venden por unos cuartos, o de los lirios del campo, que se visten más elegantes que Salomón, ¿cómo no va a cuidar de vosotros, que valéis más que los gorriones...?

¿Dónde aprendió Jesús su indestructible confianza en esta fidelidad del Padre Dios? Sin duda alguna, en el conocimiento directo que él tenía de su Padre —«nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quien es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar», exclamó delante de sus discípulos—; pero también en la experiencia que María y José tenían de que Dios cumple siempre sus promesas, experiencia que transmitieron a su hijo como la mejor herencia que podían legarle.

La familia de Nazaret nos da una lección urgente y necesaria: son los padres quienes proporcionan a sus hijos la experiencia religiosa que deja la huella más profunda. Venimos soportando una verdadera tragedia:

muchos de los niños y jóvenes actuales son *huérfanos religiosos*; y no porque no hayan sido bautizados o no hayan recibido la Primera Comunión, sino porque nunca han conocido la experiencia religiosa de sus padres, nunca les han visto rezar y nunca han recibido explicación alguna sobre la confianza que ellos tienen en Dios. Algunos padres acarician el vago deseo de que sus hijos sean cristianos, pero no les ayudan a serlo. Ahora estamos alarmados por la escasa resonancia que la fe encuentra en muchos jóvenes; miremos a la familia de Nazaret e imitemos con nuestros hijos la sensibilidad religiosa que María y José vivieron con Jesús.

Aquellas explicaciones y confidencias sobre la fe que profesaban seguramente las salpicaban con el rezo de algunos salmos, que como el siguiente, nos aseguran que la esperanza en Dios no defrauda:

A ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en ti confío,
no quede yo defraudado,
que no triunfen de mí mis enemigos;
pues los que esperan en ti
no quedan defraudados,
mientras que el fracaso
malogra a los traidores.
Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:

haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador,
y todo el día te estoy esperando.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor.

El Señor es bueno y recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes.

Las sendas del Señor son misericordia y lealtad
para los que guardan su alianza
y sus mandatos.
Por el honor de tu nombre, Señor,
perdona mis culpas, que son muchas.

El Señor se confía con sus fieles
y les da a conocer su alianza.

Tengo los ojos puestos en el Señor,
porque él saca mis pies del peligro.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.
Como era en el principio y ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo 24

*(Hay una versión musical de Palazón en
«El alzar de mis manos». Ediciones Paulinas)*

Guía para orar durante la Cuaresma

¿Cómo rezar con la Palabra de Dios?

1. Antes de empezar a leer, invoca al Espíritu Santo para que te ayude a comprender.
2. Lee despacio y con atención un trozo del texto indicado (Evangelio según san Juan).
3. Una vez leído, recuerda por ti mismo el texto, durante unos momentos, como tratando de hacerlo tuyo.
4. Piensa: ¿este texto ilumina algo de lo que pasa en mi vida?
5. Puedes volver a leer el texto y habla con Dios sobre lo que te vaya sugiriendo.
6. Para terminar, escoge alguna de las *Palabras para orar* indicadas para cada semana y rézala solo o, si te es posible, con otros miembros de tu familia.

Para la primera semana de Cuaresma

Del 1 al 7 de marzo

Transmitir la fe en familia.

«Dentro del apostolado evangelizador de los seglares es imposible dejar de subrayar la acción evangelizadora de la familia. Ella ha merecido muy bien, en los diferentes momentos de la historia y en el Concilio Vaticano II, el hermoso nombre de “Iglesia doméstica”. Esto significa que en cada familia cristiana deberían reflejarse los diversos aspectos de la Iglesia entera. Por otra parte, la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio sea transmitido y desde donde éste se irradia».

(Pablo VI, *La evangelización del mundo contemporáneo*, 71).

La familia de Nazaret

Leer la Palabra de Dios

Durante esta primera semana, los *tres primeros capítulos del Evangelio según san Juan* ayudarán a fortalecer nuestra fe en Jesús como Hijo de Dios y a conocer sus primeras actividades.

Palabras para orar

Señor, fortalécenos con tu auxilio al empezar la Cuaresma, para que nos mantengamos en espíritu de conversión; que la austeridad penitencial de estos días nos ayude en el combate cristiano contra las fuerzas del mal. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Quiero seguirte y ser de los tuyos.

Quiero vivir a tu manera,
según las pistas que tú nos marcas,
pero, a veces, tengo miedo al dolor.

Cuando me vienen las dificultades,
puedo hundirme y quejarme,
o vivirlas contigo y salir airoso,
encontrando recursos en mí y en los otros.

Tú me enseñas a encarar la vida,
tú me vuelves fuerte y valiente,
tú haces brotar en mí la osadía
y la confianza en los de alrededor.

Quiero perder mi vida en tu gente,
en los más pequeños, tus preferidos,
en aquellos que necesitan mi apoyo,
y ayudarles contigo a llevar su cruz.